

**La Crisis y el SELA**

En la presente década, cuando el receso estadounidense de 1969-70 fue seguido, a partir de 1973, por una nueva contracción económica —acompañada de un incontenible proceso inflacionario— que aún no termina, y cuando el «estancamiento con inflación» se ha generalizado a las potencias capitalistas europeas y al Japón, las economías latinoamericanas han sufrido serios quebrantos.

Los problemas de cada país tienen rasgos específicos y el impacto de la crisis internacional difiere de uno a otro. Pero hay problemas comunes: la mayoría de las naciones latinoamericanas y en particular las que, como las centroamericanas, Chile o Uruguay, son importadoras de petróleo y exportadoras de productos primarios cuyas cotizaciones internacionales han sufrido bajas en los últimos meses, acumulan fuertes déficit comerciales y deudas externas; la inflación y los desajustes financieros están al orden del día; el subempleo y el desempleo cíclico y estructurales crecen sin cesar. Bajo la acción del capital monopolista internacional, incluso Venezuela y Ecuador, exportadores de petróleo y miembros de la OPEP resienten el aumento acelerado de los precios de importación de bienes industriales; los demás países pagan las peores consecuencias de los términos de intercambio comercial cada vez más desfavorables; y sobre unos y otros pende la amenaza de las restricciones prescritas por la nueva ley de comercio norteamericana.

Los países en que la industrialización sustitutiva ha alcanzado mayor desarrollo, como Argentina, México y Brasil, exhiben una profunda monopolización y la creciente desnacionalización de sus economías, dominadas en sus ramas básicas por empresas transnacionales —a menudo asociadas con los capitalistas y los estados nacionales—, sin autonomía en el aspecto tecnológico y orilladas a adoptar rígidos patrones de importación de bienes intermedios y de capital.

En tal contexto surgió en octubre, en la ciudad de Panamá, el Sistema Económico Latinoamericano, “organismo regional de consultas, coordinación y promoción económica y social conjunta, de carácter permanente”, cuya formalización requirió apenas un año y medio a partir de su propuesta por el gobierno de México. Si bien se con-

serva el andamiaje de la OEA, la ALALC, el BID y otros organismos «interamericanos», el SELA nació con la participación de todos los países de la región, con la significativa incorporación de Cuba socialista y la exclusión de los EU.

Antes, en el curso del año se habían creado o reforzado algunas asociaciones de productores latinoamericanos de materias primas de exportación —banano, café, azúcar—; quedó organizada la primera empresa *multinacional* de transporte marítimo por varios estados del Caribe; y fueron suscritos varios convenios intergubernamentales para llevar a la práctica diversas tareas mancomunadas. Tales pasos concretos son parte de los objetivos del SELA, el cual también fomentará la integración económica y la cooperación tecnológica, y facilitará una posición común latinoamericana frente a los EU y los demás países.

En verdad el SELA es una respuesta oficial de las burguesías latinoamericanas a la crisis capitalista y las nuevas realidades mundiales. Son patentes las limitaciones de la acción «multinacional» en unos cuantos campos secundarios frente al capital monopolista transnacional, que influye crecientemente en el desarrollo de la producción primaria e industrial y aun del comercio y los servicios interiores de todos los países, excepto Cuba, e impone las condiciones del mercado exterior.

Los problemas estructurales del desarrollo latinoamericano no podrán resolverse cabalmente sin romper la dominación monopolista «externa», cuyas bases de apoyo radican en lo más profundo de la economía interna y en la propia estructura de clases y el correspondiente sistema de poder.

EL COMITÉ EDITORIAL.

1o. de noviembre de 1975.